



El amor es un perro  
de la dicha

Adán Medellín

**C**ONTRARIO AL TEMPERAMENTO ABIERTO O a la capacidad discursiva ante las cámaras de los miembros más célebres del *Boom*, Juan Carlos Onetti aparece huraño e incómodo en la entrevista que le realizaron en 1976 en *A fondo*, un programa televisivo en España. Callado, tímido, entrecortado, Onetti habla poco y evade las preguntas sobre su obra y su visión de mundo acudiendo lenta y constantemente a un vaso de whisky.

El efecto Onetti, el de sus personajes oscuros y existencialistas que se debaten en sus infiernos cotidianos entre astilleros, burdeles u oficinas anodinas, entregó durante años una literatura densa de dilatadas acciones, de enumeraciones y adjetivaciones explosivas, de argumentos de apariencia simple que se sostenían en las vueltas de tuerca guiadas por los diálogos dramáticos, los simbolismos de los objetos (una serie de fotografías, un chivo, un barco atracado en el puerto) y la pericia irónica de un narrador lento, meticuloso y malvado que construía máquinas narrativas donde el demonio del detalle develaba el peso de la cobardía, el rencor, el egoísmo y el canibalismo emocional en las relaciones humanas.

Ajeno al mundo militar y de las clases privilegiadas, al tropicalismo con ráfagas bíblicas, a la modernización de la realidad latinoamericana o a la cosmopolita narrativa fantástica con que suele etiquetarse a los principales exponentes del *Boom*, el mundo de Onetti es el del deslucimiento y el cascajo urbano, el de los proxenetes y los intelectuales solitarios, el de los redactores de periódicos y los profesionistas de provincias, el del cansancio crítico frente a los modelos de progreso que se caen a pedazos en las ciudades en el extrarradio de la pujante modernidad, foco de perversidades íntimas, de incomunicación entre hombres y mujeres, de melancolías y revanchas en los cuerpos desgastados.

Bastaría una de las dedicatorias más célebres en las letras latinoamericanas (“Para Dorotea Muhr, ese ignorado perro de la dicha”, en *La cara de la desgracia*, un homenaje a su última esposa, secretaria, intermediaria y enfermera al final de su vida) para condensar en lo público el vínculo sentimental más íntimo del escritor uruguayo. Onetti misógino, suele decirse, Onetti brutal con todo lo que oliera a las convenciones de la pasión burguesa.

Casado en cuatro ocasiones, pese al escepticismo y el humor negro en su prosa, hay al menos una historia en la excelente cuentística de Onetti donde asoma una

amarga compasión a una pareja que se mantiene unida sin importar el desastre. “Esbjerg, en la costa” es la narración de una pareja burguesa formada por Montes y la danesa Kirsten, quienes se ven golpeados por la desgracia cuando la nostalgia del hogar lejano invade a la mujer al pensar en Dinamarca, esa tierra idílica y perfecta en el recuerdo, ese lugar de calles seguras sin ladrones, de iglesias abiertas, de árboles fragantes y naturaleza armoniosa.

Dinamarca se hace pequeña y concreta como Montes la imagina según los relatos de Kirsten: es la parcela del nacimiento, es una lengua, es el lugar del primer amor y de la primera muerte significativa. Dinamarca es el reverso de la tierra extraña al migrante, el opuesto del terreno inhóspito de los ciudadanos que no se ven ni se relacionan, urbe donde las puertas a Dios están cerradas y el crimen arrebató a la menor oportunidad.

También ella repetía: “Esbjerg er naerved kysten”, y esto era lo que más impresionaba a Montes, aunque no lo entendía: dice él que esto le contagiaba las ganas de llorar que había en la voz de su mujer cuando ella le estaba contando todo eso, en voz baja, con esa música que sin querer usa la gente cuando está rezando. Una y otra vez. Eso que no entendía lo ablandaba, lo llenaba de lástima por la mujer —más pesada que él, más fuerte—, y quería protegerla como a una nena perdida. Debe ser, creo, porque la frase que él no podía comprender era lo más lejano, lo más extranjero, lo que salía de la parte desconocida de ella. Desde aquella noche empezó a sentir piedad que crecía y crecía, como si ella estuviese enferma, cada día más grave, sin posibilidad de curarse.

Frente a la nostalgia danesa, Montes reacciona con un acto de amor que choca con su propia ética laboral en un empleo minúsculo en el límite de la ley: sin reportar las jugadas más fuertes que hacen los apostadores por teléfono, intenta robar tres mil pesos para pagar el pasaje de Kirsten a Dinamarca.

Pero en el mundo de Onetti, microcosmos sin redención a causa de la violencia persistente y simbólica que se impone en las relaciones domésticas y sociales, el sencillo plan de Montes será fallido. No sólo no logrará cumplir el sueño de su mujer; también enfrentará la vergüenza de confesar su delito, expuesto al desprecio de su jefe inmediato, y deberá esclavizarse a un trabajo abusivo y sin salario para retribuir su deuda. Deuda originada por la piedad ante la herida nostálgica de la compañera, pero también deuda por su ingenuidad y su torpeza insultantes en un mundo que le exige malicia, capacidad para envilecerse en lo necesario de modo que pueda sobrevivir dignamente.

Esta historia de amor, amarga y perfecta a su modo, se cerrará con la imagen de Kirsten, quien ha debido conseguir un trabajo para solventar los gastos, acudiendo a mirar obsesivamente los barcos en el puerto, en perpetua espera de un sueño no realizado, acompañada del proveedor fallido. Es la síntesis de un fracaso cotidiano en la expectativa de pareja que arroja tristeza y frustraciones distintas para ambos cónyuges, pero que, irónicamente, los unirá en la fiel compañía de la derrota cotidiana y en la lástima de quien comparte la dolencia del otro, las únicas victorias que Onetti parece concederle al amor.

Quizás sea ese el valor con que el escritor uruguayo, lejos de los cargos diplomáticos o los entusiasmos revolucionarios, habló frente a sus disímiles pares del *Boom*. No desde las novelas totales ni las épicas regionales ni el cosmopolitismo ni desde la tribuna, sino desde el examen íntimo implacable y la descarnada profundidad de su pluma de estirpe Faulkneriana, contagiada del halo maldito y sarcástico de los perdedores de la modernidad. Así, tendido en cama, con una botella de whisky y rodeado de novelitas policiacas manchadas de tabaco, el parco Onetti aceptó el desafío de convertir las derrotas diarias de las vidas grises y minúsculas en un puñado de minuciosas victorias de escritura. ■■